LENTA SERA LA VENGANZA

por Manolo Marinero

autor de «EL CAZADOR» y «JUNTOS DESDE LA MUERTE»

Se trata de un profesional discreto eficaz... Cumple su tarea a conciencia y sólo reclama su paga después de realizado el trabajo... Su discreción es impecable... ¡Y no es amigo de violencias y sangre si no es en situaciones extremas !

Cercado de densa sombra, el cuadrilátero de luz difusa, oblicua y enrejada destacaba la blancura del cuerpo desnudo.

La habían despojado del tosco hábito morado de penitente. No podía gritar. Sólo emitía roncos quejidos desesperados, inarticulados, que amortiguaba la mordaza. Ella sacudió rabiosamente los codos, la cintura y los muslos, intentando inútilmente zafarse. No consiguió flexionar las rodillas, ni tirar hacia atrás de sus brazos. Violentas convulsiones reflejas redoblaban la energía voluntaria de sus movimientos de resistencia y rebeldía.

Pero, sujetando firmemente las muñecas de la sospechosa sobre dos picos de la mesa, los alguaciles mantenían estirado e inmóvil su busto encima de la lisa madera. La cintura de ella se doblaba, apretada la carne contra los huesos de la pelvis y contra el borde romo de la tabla. Estaban abiertas sus nalgas, atenazados por separado los tobillos un palmo arriba de las húmedas losas de piedra por el tercer alguacil y el encapuchado, situados en cuclillas junto a dos patas de la mesa.

Sobre la cadera izquierda de la acusada se posaba como un garfio una mano enguantada del juez. Sometiendo pacientemente la contracción del esfínter, dos dedos avanzaron con lentitud por el recto, desde los suaves y mórbidos labios de la boca del ano. No se detuvieron hasta contactar este con el relieve de la lujosa sortija. Tantearon con estudiosa demora. Pero sin aparente resultado.

Grubbedöerffer irguió su talla majestuosa, dirigiendo tras las antiparras una mirada seria que simulaba decepción, a sus subordinados.

–No hay talismán –anunció el juez antes de ordenar con voz serena–. Prosigamos la búsqueda. Volvedla. Tendedla de espaldas, en aspa sobre la tabla.

Imponiendo su fuerza, la colocaron boca arriba y la inmovilizaron.

Una fina película húmeda empapaba la frente combada de la acusada. La respiración sofocada agitaba sus pechos. Ligeros temblores musculares sacudían perceptiblemente sus brazos y sus piernas.

Ya le habían examinado meticulosamente el cabello, desenrollando sus trenzas estrechas y onduladas. Y la boca desde las encías al cielo de la garganta. Y, someramente, las cavidades de las orejas e incluso las ventanillas de la nariz.

Jakob Benedict Grubbedöerffer dejaba siempre para el final la inspección del sexo.

Dos días antes el fiel cuervo amaestrado logró huir entre la ramada del bosque. La gata

Gaelen fue atravesada por un lanzazo. Los hombres de picuda gorra amarilla, uniformados con jubones negros, siguieron puntualmente las estrictas instrucciones dadas por el señor del abolsado casquete verde, el primer síndico de Graufels del Unstrut, Grubbedöerffer. Arrancaron una mata con su raíz entera de cada clase de hierba, como pruebas, y prendieron fuego a todas las demás. Tomaron de la cabaña la jaula de musgaños. Condenaron la puerta con tablones cruzados. Y uno de ellos se quedó de vigilancia.

Dos guardias arrastraban a la hechicera hacia la carreta. Pronto ella cesó en sus rabiosos insultos y protestas, se relajó, y dejó de oponer resistencia. Más de media docena de lugareñas y labradores, que habían asistido al prendimiento de la yerbatera, se pusieron en marcha hacia Graufels del Unstrut, guardando prudente distancia de la carreta. Detrás seguía al siniestro cortejo un animado grupillo de mocosos.

Grubbedórffer mostró en el cuenco de un guante con orgullo, como un trofeo, la piedrecilla de río, con vetas de varios colores, que fingía haber hallado en el fondo de la vagina de la encantadora.

–¡El talismán! –exclamó– ¡El talismán demoníaco! ¡Ya nada puede Belcebú para borrar sus huellas carnales ni para evitar el dolor de la acusada!

Las miradas de los crédulos alguaciles y del encapuchado convergieron en la colorida piedrecilla, segundos antes que el juez –con enfática mueca de repugnancia– la lanzase violentamente al brasero.

–Ya no está bajo la protección del Malo –explicó la voz nuevamente fría de Grubbedöerffer–. Ahora el examen de estigmas será fidedigno.

Se oyó entonces del otro lado de la reja el graznido de un grajo o de un cuervo.

El único juez de la comarca de Graufels era el síndico Jakob Benedict Grubbedöerffer, estimado por todos los principales de Dresde y pariente del burgomaestre de Chemnitz. Hombre de costumbres severas en público y muy atento en privado para su propia sensualidad, no había conocido en 53 años de vida más que dos calamidades. La muerte de sus padres y la de su primera mujer, enfermiza pero rica.

Jakob tenía una segunda y joven esposa, Edwige, y una preciosa hija de seis años, Griseld.

Edwige procedía de una acaudalada familia (de usureros). Y fue dulce, timorata y compasiva hasta que el repetido contacto con su marido la hizo hermética, vanidosa y cruel.

Grubbedöerffer había llevado a la hoguera a casi mil mujeres. Por brujas. Era llamado como primer responsable o como asesor en los juicios por esta causa a todos los tribunales de Justicia de la Alta Sajonia. Pese a no creer en absoluto en la brujería, tenía la conciencia a la par sucia y tranquila. Porque tampoco era hombre religioso, fuera de las apariencias. Se burlaba para sí de castigos y recompensas no terrenales, celestiales o infernales. El síndico era hombre juicioso, que sabía explotar el alza de su renombre.

En cuanto a las mujeres poco agraciadas y a las ancianas tachadas de hechiceras y de connivencia con los demonios, Grubbedöerffer recurría a los más brutales y salvajes procedimientos de tormento. Conseguía entonces confesiones inmediatas. Nunca registraba a aquellas físicamente en busca de los hipotéticos *stigmata diávoli*. Y a veces, por humor o por capricho, se inclinaba por la indulgencia y las declaraba inocentes, desafiando toda posible réplica de los notables o del vulgo (lo que aumentaba su autoridad). Su proceder era muy diferente en otros muchos casos.

Todos estos triunfos habían asentado la reputación de Jakob Benedict Grubbedöerffer, el síndico del pequeño burgo de Graufels, por el país entero.

El examen palmo a palmo de la piel de Yrianna fue concluyente. Una verruga al costado, en la espalda. Un lunar en la cara interior del muslo izquierdo, junto a la ingle. Otro casi oculto bajo una axila. Una escara en un nudillo de la mano derecha.

Y la señal definitiva: albugos, selenosis, en dos uñas de la diestra, en las del índice y el corazón. La marca de la luna de Satán. Signo de la nocturnidad, del averno.

Por cansancio, en esta revisión, Yrianna se había dejado manejar con docilidad. Sus brazos y piernas casi obedecieron a los bruscos estirones de los alguaciles. Pero sus ojos despedían un destello burlón, de superioridad sobre la grotesca actividad y los vehementes comentarios de aquellos míseros ministros del orden.

–Ahora está descubierta. Quitadle la mordaza.

Los alguaciles obedecieron al juez.

–Los estigmas *diáboli* no mienten, tu cuerpo está marcado por los espíritus del mal con los que sostuviste infames tratos. ¿Cuándo empezaste a ejercer la hechicería?

Yrianna bajó la vista.

–¿Qué círculo del Infierno te ha acogido?

El ánimo de los ayudantes estaba alterado, pero Grubbedöerffer no sentía ninguna impaciencia.

–¿Con qué demonios has yacido, bruja?

–¿Cuántas veces has oficiado... has festejado a Satanás en el monte Brocken?

Yrianna alzó la cara. Iba a escupir a la del pesquisidor, pero se detuvo a mitad de la acción. Giró la cabeza y desvió, cargados de indiferencia, los ojos a un rincón de la cámara.

El juez consideró oportuno abofetearla de derecho y de revés.

Ella le fijó la vista en los ojos. Los de Yrianna se habían transformado. No lanzaban una mirada de arrogancia, ni de desdén, ni de orgullo, ni de desafío. Ni de desprecio. Aquellos ojos fosforescentes parecían poder detener el tiempo. Llameaban en absoluta quietud. Paralizaban la voluntad, achicaban el ánimo y trastornaban los sentidos de Grubbedöerffer, que palideció.

–¡Cuidado! –exclamó un alguacil–. Cuidado, señor, con el mal de ojo.

–Ella puede transmitir enfermedades mortales con la mirada, señor –previno otro.

–¿La vendamos los ojos? –propuso el primero.

Jacob Benedict Grubbedöerffer no les oía. En el fondo de sus entrañas y su corazón sentía un duradero escalofrío. Aquella mirada no procedía de sentimiento ni de inteligencia humanos. Venía de lejos, de muy lejos, de más allá de los reinos humanos. ¡No era posible! La convicción, la certeza de que aquella procesada no era como las otras mil histéricas o farsantes, calumniadas por la plebe ignorante o por envidiosos, le asaltó las venas y la razón. Se trataba con ella de una aberración cien veces peor. De un asunto verdaderamente serio, gravísimo, que sobrepasaba las estúpidas supersticiones. La leyenda de las brujas respondía pues a una verdad. Aquella hermosa mujer era una de ellas. Una endemoniada auténtica que posiblemente había dispuesto, o aún disponía, de facultades sobrenaturales.

El alma del síndico se revolvió en indecisión. Había apartado la vista aterrado del rostro de la acusada. El verdugo se acercó con una penca y meció sobre el enlosado las colas de las disciplinas. Sin esperar órdenes de Grubbedöerffer los alguaciles no habían dilatado por más tiempo cubrir los ojos de Yrianna con una venda negra. ¿Qué actitud sería la más prudente? –pensaba el juez–. ¿El interrogatorio en el tormento? ¿La inmediata ejecución en la hoguera? ¿La farsa de la absolución, por contraste con las farsas de tantas condenas injustas?

–Al potro –le sonó en eco, ajena, su propia voz dando la orden.

Un día antes, en la sala de Justicia del Ayuntamiento de Graufels, Grubbedöerffer había presidido el tribunal con muy distinto estado de ánimo.

Los hongos escarlatas de *amanita*, la *atroppa belladonna* y las raíces de mandrágora, que servían a la hechicera para sus sortilegios, bebedizos, embrujos y predicciones, se exponían como prueba sobre una bandeja rodeada por un cerco de tallos de la hierba *angelica archangelica* que anulaba el alcance de su poder. A su lado, un oficio cursado desde Dresde a Grubbedöerffer, comunicándole escuetamente que cuatro años antes, una

zíngara conocida en las orillas del Elba por Yrianna An Das Dunkel, culpable probada de ejercer con comercio y sin él la quiromancia había sido azotada en la plaza pública de Meissen. Se le aplicaron treinta golpes de rebenque en castigo y escarmiento. En el suelo, al pie de la mesa, descansaba la jaula de musarañas encontrada en la cabaña de la encantadora.

Tal como había indicado el juez, Yrianna tenía el cabello tiznado de ceniza y vestía un hábito nazareno. Se le habían incautado sus pendientes, diademas, collar, brazaletes y ajorcas. Servía también como indicio para la sospecha, junto a las hierbas y el documento, un brazalete en forma de serpiente enroscada. Un círculo de tallos de *angélica archangélica* esparcidos por el suelo rodeaba los pies de la procesada.

Yrianna se había negado a contestar satisfactoriamente sobre sus actividades durante la noche del 30 de abril al 1 de mayo, festividad de la patrona de Sajonia, Santa Walburga de Heidenheim. Noche consagrada por los anticristianos a fatídicas obscenidades.

–Encontrándome en una posada de Erfurt –acusó el parlanchín carretero Lukas Retzer–, llegó allí un comerciante de Suabia. Me dijo que conocía a la acusada, o sea, a la que ahora comparece acusada, desde que ella era niña –hizo una pausa para atraer más aún la atención pública, y adoptó un tono y un aire solemnes, teatrales–. Me aseguró que ella no nació de seno humano. No tuvo madre. La llamaban en Suabia Yrianna Ohnemutter.

Ante la reacción de maravillado asombro del público, traducida en un rumor de cuchicheos, Grubbedöerffer optó por discurrir una finta, en bien de la fama de sus falsos escrúpulos.

–Testimonio refutable –su voz era grave, autoritaria–. No sirve a este Tribunal lo que años ha contó alguien ausente. Sino lo que afirmen bajo juramento los testigos presentes. Rechazamos y rechazaremos pruebas garantizadas por terceros. En materia tan grave como la que en esta fecha entendemos, y desempeñando alto cargo público, niego rotundamente crédito oficial a palabras de intermediarios.

El local entero fue recorrido por murmullos de aprobación y admiración. El carretero Lukas Retzer juró para sus adentros evitar en adelante por algunas semanas su pueblo natal.

La hija del molinero, Ilse Müller, reveló que había administrado a Günther Lohnarbeiter una pócima verdosa, preparada para conseguir sus atenciones por Yrianna. Günther Lohnarbeiter era, desde hacía más de un año, el marido de Ilse. El día del proceso estaba en la cercana villa de Eisleben Günther, a comprar levadura y compotas. Aunque Grubbedöerffer se vio obligado a imponer respeto y silencio, acallando las risas y comentarios de la sala con sonoros y repetidos golpes de martillo, el testimonio de Ilse fue admitido como prueba menor y relativa.

El atractivo alimañero de la vecina aldea de Urfahr, Berthold, reconoció haber copulado con la procesada varias noches en el verano pasado. Pero no la visitó en la madrugada del 1 de mayo, la fiesta de Santa Walburga.

Berthold tenía fama de galante y había reñido con tres de sus prometidas en otros tantos años. Cierta mala reputación le interesaba. Alegó haber sido embrujado por Yrianna para que obedeciera sus propósitos. Yrianna le había dado a comer frutas maduras y, paradójicamente de sabor amargo, que le provocaron mareos y aturdimiento.

Grubbedöerffer acosó con numerosas preguntas a Berthold sobre circunstancias y detalles de tales encuentros nocturnos. El juez sabía instintivamente que aquél era en potencia uno de los capítulos preferidos del público devoto a tales procesos. Pero luego, para humillación del joven alimañero, concluyó por calificar la prueba como dudosa. Los recuerdos de un hombre que actúa en estado de atolondramiento no merecían excesivo crédito para un Tribunal de la seriedad del de Graufels del Unstrut.

Pero la bella rubia Sieglinde Fuchs despejó todas las dudas. Antes de declarar, pidió que se obligase a la encantadora a no despegar la vista del suelo. Porque temía que, en represalias de su testimonio, la procesada le lanzara con su mirada un maleficio.

Yrianna intervino por vez primera en su juicio. Soltó una sonora carcajada. Luego encaró en la distancia a Sieglinde y ésta, encogiéndose, prorrumpiendo en histérico llanto,

intentó abandonar la sala.
–Sólo ha sido una inofensiva mirada de desprecio, jovencita –terció irónico Grubbedöerffer, haciendo ostentación de su seguridad en sí mismo.
Aún recelosa, Sieglinde decidió dar inicio a su declaración. Pero Yrianna, que siempre destacó en las proximidades de las riberas del Unstrut por su acento extranjero, comenzó a pronunciar torrencialmente palabras en un idioma desconocido e ininteligible. El pavor de Sieglinde contagió a todos los presentes. Después que, por orden expresa de Grubbedöerffer, le vendaran con un trapo obscuro, Yrianna siguió maldiciendo a la joven rubia a voz en grito. Se comentó que pronunciaba fórmulas mágicas que acarrearían la desdicha de la declarante. Los alguaciles sacaron a la fuerza a la acusada de la sala.
Tranquilizada, Sieglinde Fuchs cobró suficiente valor en ausencia de la embrujadora para delatarla.
–La vida con mi difunto esposo no me hacía feliz –confesó Sieglinde con voz quebrada–. Él se volvió en seguida muy, muy apático...
Su voz enternecía a todas las mujeres presentes, satisfechas, desgraciadas, viudas, casaderas o recién entradas en la adolescencia.
–...yo me sentía muy desdichada... y cometí el error, Jesús Cristo es Dios y me perdone, y por sus llagas sagradas me perdone este Tribunal de hacerle en mi debilidad confidencias a esa mujer... A la que veía con sus extraños atuendos merodeando por el bosque cuando yo iba al Unstrut a lavar la ropa...
Sieglinde se retorcía los dedos de las manos mientras hablaba, y entre los presentes la emoción de simpatía hacia ella igualaba a la curiosidad con que se seguía su monólogo. Disimulando su creciente desinterés y un incipiente conato de bostezo, el juez se caló las antiparras.
–...ella me proporcionó un bebedizo para mi marido..., me aseguró que nuestras cosas mejorarían... efectivamente él restauró sus fuerzas y disfrutamos durante un breve período de tiempo de su vitalidad, para entonces desacostumbrada, pero el pobre...
Sieglinde Fuchs se echó a llorar de una manera desconsolada. Docenas de labios comenzaron a agitarse, intercomunicando opiniones al oído. Según su edad, las mujeres guardaban silencio, apresuraban comentarios o suspiraban, pero todas clavaban piadosa y ansiosamente su vista en la infeliz Sieglinde. El insensible Grubbedöerffer urgió enérgicamente a la hermosa joven a que completara su declaración.
–...pereció –musitó la viuda arrugando un pañuelo entre sus mejillas y su nariz encarnadas.
–¿Cuántas veces le administraste ese fatal bebedizo?
–No puedo..., no lo... recuerdo.
–Lo adquiriste siempre por petición tuya, ¿no es así?
–No siempre.
–¿Pues?
–El me lo pedía –buscó las miradas de las lugareñas más atentas–. Me lo exigía.
–No mientas, viuda de Fuchs. No quiebres la paz de los difuntos. No deshonres su recuerdo, ni mancilles el cementerio de Graufels del Unstrut donde morará hasta la resurrección de los cuerpos... ¿Era él quien te lo pedía?
Sieglinde vacilaba.
–¿Fue tu difunto el solo culpable de su propia consunción?
Sieglinde esquivó la cara del tribunal y del público y dirigió su llorosa mirada hacia la puerta por la que habían expulsado a la procesada.
–No... no... Estoy confundida. El me perdone. Era ella... esa mujer... me sigue confundiendo y dominando, esté donde esté... Era ella..., ella quien me sugería, me aconsejaba...
Grubbedöerffer hizo una seña al escribiente y formuló la pregunta inútil y necesaria.
–¿Quién?
–Yrianna –la declarante levantó la voz, distanciándose de la dependencia hacia su protectora–. La bruja Yrianna.

Yrianna era delgada. Más baja que un hombre alto, alzaba más que un hombre mediano y que cualquier mujer normalmente alta. Quizá no más de 12 ó 13 habitantes de Graufels del Unstrut, entre ellos Grubbedöerffer, sobrepasaran su estatura.

En los alrededores del pequeño burgo se decía que era originaria de Suabia. Otros pocos la hacían del principado de Schaumburg y, los menos, ferraresa o dálmata. Un catador de aguas con mucho mundo recorrido aseguró que Yrianna no podía ser sino zíngara o egipcíaca. Rumores que pretendían que era cría de un diablo y una ogresa, los había.

El color de su cabellera lacia mudaba entre el tono del caramelo líquido y el del castaño claro. Separaba siempre algunos de los mechones de las sienes, que trenzaba en colgantes tiesos o en rodetes.

Sus ojos cambiaban del gris verdoso y transparente a un marrón opaco. Aunque resulte inverosímil, llegaban a ser de un negro turbador.

Vestía túnicas de tejidos desconocidos en la Alta Sajonia, de coloridos llamativos, provocativos. En mayoría de ocasiones se cubría como los infieles sarracenos con un paño de vivo color atado a la nuca, a guisa de turbante. Como los monjes en otras, con una capucha negra u obscura. Resaltaba su frente curvada con una cadenilla de la que colgaban monedas de distintos tamaños, metales y países. Grandes aros de cobre pendían de los lóbulos de sus orejas. Tan finas se veían sus cejas, que podrían estar depiladas y dibujadas como las de las principales cortesanas. Y, a pesar de tenerlos salientes y grandes, sus pómulos y su boca sensual los pintaba ella con polvillo violeta de aromáticas flores y hierbas molidas.

Era una mujer de belleza infrecuente, con su nariz muy recta bajo el puente marcado y resbalado, casi aguileña. De trazos muy firmes, duros, su barbilla y las líneas de la quijada.

Pero su expresión más habitual, fuera de las inequívocas de sugerencia o de desconfianza, estaba señalada por la altivez, la soberbia y el cálculo. Le daba un aire tentador, pero distante, intimidador, difícilmente accesible.

Pese a haber parido un niño-lobo (según murmuraciones procedentes del suroeste) su peso y cintura livianos eran propios de mujer más menuda y joven, aunque los pechos erectos, los hombros anchos y rectos y las redondas caderas cuadrasen con su elevada estatura.

¿Cuál era su edad? En este punto pocos habitantes de Graufels del Unstrut y de las colindantes aldeas de Urfahr, Wauwiese y Nettilintell se pondrían de acuerdo. Cien años, le había revelado ella misma a la hija del molinero de la localidad. Alrededor de treinta, según las apariencias. O quince o dieciséis, a decir de algunos atrevidos adolescentes que espiaron sus baños en el río Unstrut bajo la Luna. Juraron estos muchachos, probablemente confundidos o fantasiosos, que ella, al anochecer, menguaba de pechos y de cuerpo entero.

Otros atestiguaban que sus dientes se convertían en afilados y salientes colmillos de jabalina, lo que de todo punto resultaba difícil de creer, pero se creía. En su presencia ordinaria, Yrianna tenía una sana, blanca e igual dentadura.

Sabía montar a caballo, amansar a los osos y los lobos, y hablar con las lechuzas, las ardillas y los grajos.

Eran los más quienes se habían fijado preferentemente en la fuerza magnética de su mirada. En algunas situaciones, resultaba temible, inmisericorde, amenazadora o incomprensible. Cuánto más cuanto, como a los gatos, como a su gata Gaelen, le brillaban los ojos en medio de la obscuridad.

–¡Sí! ¡Yo la deseaba! ¡Fui yo quien le dio a mi marido un veneno contra ratas, para que no pudiera estorbarme, espectro volador! ¡El era un rústico celoso! ¡Un patán!...

Sieglinde se había desencadenado.

–¡Pero ella...! ¡Tu dueña...! ¡Yrianna no me amaba! ¡Nunca compartió esa zorra del bosque mis sentimientos! ¡No, no resistí su mezquina simpatía, su odiosa compasión! ¡Se

debía creer de una raza superior! ¡Ahora creerá que no la merecí entonces!... ¡Pues sé que soy muy bella! ¡La más bella que pudo conocer! ¡He desdeñado a docenas de hombres ávidos de mis encantos!

Sieglinde cortó la neblina con una cruel carcajada. No se divisaba ni un alma en el frondoso bosque.

–...¡Y ella va a pagar caro su error! ¡Ya lo estará pagando en este momento crudamente! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera de mi vista, inmundo pájaro del averno!

La rubia viuda se había desahogado a voces, espantando a sus fantasmas. Pero el ave negra abatió el vuelo sobre el rostro delicado de Sieglinde Fuchs. Y su fuerte y cónico pico y sus afiladas garras comenzaron el trabajo de destrucción.

Ella cayó hacia atrás, echándose las manos a la cara, lanzando un agudo, horrendo alarido. Se rehizo penosamente y se incorporó con la fuerza que le daban la desesperación y el terror. Y bajó en angustiosa carrera por la pendiente arbolada, desgarrándose las faldas en las espinas de las zarzas. Se tambaleaba a cada trecho por el dolor atroz, en dirección a su refugio, a su granja, camino de Nettilintell.

Sin embargo, el leal y veloz cuervo adiestrado persistió encarnizadamente en su persecución. Revoloteaba en derredor de la cara rasguñada de Sieglinde, picoteando las manos y antebrazos desnudos que torpemente procuraban escudar el otro ojo.

Y ella resbaló por el musgoso y húmedo terraplén.

Se puso en pie cerca del precipicio, pero a unas cincuenta varas del puente. La volvió a alcanzar el implacable cuervo de Yrianna. El animal la hizo retroceder hasta el borde de la quebrada, donde acertó a consumar su venganza.

Ciega cayó al Unstrut la frágil y rencorosa Sieglinde Fuchs, profiriendo un prolongado y horrísono grito en el vacío. Un grito que dejaría yerto a cualquier caminante o leñador del bosque que lo hubiera oído.

Encogiendo los párpados y las comisuras de los labios, emitiendo entredientes débiles y entrecortados gemidos, estremeciéndose en su desnudez. Sólo así había respondido la procesada a las preguntas de Grubbedöerffer durante la inclemente, rítmica flagelación. Pero no era como en la plaza del mercado de Meissen. No había más límite que la duración de las sesiones de tormento.

Al fin escuchó el juez el grito que anhelaba.

–¿Qué hiciste la noche del 30 de abril?

Grubbedöerffer insistió.

–¿Te acompañó gente de Graufels alguna vez al monte Brocken?

–¿Cómo se llama tu dueño entre la legión de los demonios?

El silencio de Yrianna sumió al síndico en una ambigüedad de sensaciones. Estaba caviloso, rígido tras la mesa de escritorio en su silla de alto respaldo tallado. Una fuerza obscura, íntima o extraña, le impedía acelerar bruscamente el proceso. Simultáneamente a su determinación sentía un miedo profundo, un terror atávico, que a duras penas controlaba, por lo que estaba haciendo. Sometiendo a la maléfica hembra, aparentemente desamparada, daba la cara a los poderes sobrenaturales. Y quizás, exponerse deliberadamente, significa ya un paso adelante para vencer el pánico, el vértigo ante el innombrable enemigo. Desde su punto de vista, con el dominio de sus terribles aprensiones y nefastos presentimientos, asumía por vez primera la dignidad, la honorabilidad de su función. Ahora, después de veinte años, creía en la ortodoxia de su cometido, tan seguro estaba de las facultades de la hechicera y de su tenebroso origen. Formulaba las preguntas del interrogatorio con sinceridad. Ejercía su cargo como un estudioso del Mal. Estaba luchando, tal como sabía hacerlo, contra lo desconocido, lo horrífico, encarnado en aquella mujer. Utilizaba los procedimientos que las tradiciones cívica y religiosa ponían en su mano para descubrir, si no el origen, datos concretos de aquella plaga tan maligna como la peor de las enfermedades, como la peste negra. Después de su retirada, en su retiro, detallaría en libro impreso las nociones adquiridas.

A una seña de Grubbedöerffer, las tiras de vaqueta de la penca disciplinaron de nuevo

las enrojecidas nalgas de la bruja, expuestas sobre el tronco del potro. Ella había cedido un primer paso. Fuera endemoniada o diablesa, ya no gemía más. Vibraban sus gritos y su cuerpo al compás de los espaciados azotes.

Al tercer día, cuando se llevaron confesa a Yrianna, Grubbedöerffer firmó el acta de la sentencia con renovados terrores. Llevaba dos noches en vela, dos noches de ver angustiado en la obscuridad de su alcoba el brillo fosforescente de la mirada de la bruja. El síndico sentía un sudor frío. El horror le comprimía el corazón. Aquellas revelaciones no podían proceder de una imaginación humana. Eran verdades, siniestras verdades. Era una confesión auténtica y, quizá por primera vez, dictaba una sentencia merecida y justa. Y él no podía volverse atrás. Eso le costaría el respeto, la posición social, el cargo, las relaciones, la influencia, la ciudadanía, la familia, la fortuna. Si se desdecía, tendría que emigrar, a su avanzada edad, de su país, de la Alta Sajonia.

Las paredes desconchadas, leprosas, cubiertas de moho, destilaban una humedad que le heló los huesos. Lindaba la prisión con las aguas del río Unstrut. Grubbedöerffer necesitaba huir de aquella lóbrega cámara, de aquel recordatorio de la execrable bruja. Jamás volvería a intervenir ni a asistir a proceso alguno de brujería.

Tenía que asegurarse finalmente de que la bruja Yrianna pereciera por el fuego. No por seguir la costumbre ni la exigencia popular, esta vez. El motivo era muy personal. Anhelaba que la mujer que le había confesado tales horrores, que le había amenazado con palabras tan pavorosas, muriera pronto, DESAPARECIERA para siempre. Que desapareciera para siempre Yrianna An Das Dunkel.

El gran gentío arremolinado en la plaza rugió cuando la leña apilada empezó a desprender humo sobre las llamas.

Después de dejar a su hija de seis años en casa, al cuidado de un aya, Jakob Benedict Grubbedöerffer había dado permiso a todo el servicio para asistir al ajusticiamiento. Él, acompañado por su esposa Edwige, presidía en la tribuna dispuesta para las autoridades, a la derecha del alcalde de Graufels.

Pensaba que aquella turba ignoraba hasta qué punto la destrucción de aquella sangre y aquella carne maléficas era absolutamente necesaria. Pensaba cuántas veces había vociferado ante un simple asesinato legal.

Sólo se serenó su ánimo, abandonó sus pensamientos y se arrellenó en la silla a su comodidad cuando desde el medio de la fumarada negruzca se oyó el prolongadísimo, estridente, escalofriante aullido de muerte de Yrianna.

En ese preciso instante, repentinamente, la pequeña Griseld –cuando el aya estaba ocupada un momento en el piso de abajo– puso los ojos en blanco, bramó desesperadamente a través de los dientes hincados en su labio inferior, espumarajeó por las comisuras de la boca y cayó adelante de manos como un cepo cerrándose. Inmediatamente, impulsada por algún interior resorte, saltó hacia atrás, rígida.

Antes horrorosamente amoratada, su cara angelical fue vaciándose de sangre. Livideció hasta esa falta de color que se compara literariamente con el de la tiza. Sus uñas se clavaban en la lana de la alfombra. Bufaba y las piernas daban sacudidas como las de un títere manipulado a capricho. La desdichada niña parecía estar recibiendo tormento de algún demonio invisible.

Pasados unos momentos, sus violentos movimientos cesaron. Sufrió un fugaz desvanecimiento. Luego le volvió a la cara el color sonrosado. Las pupilas se abrieron a la luz, bajando de los párpados abiertos, y la turbia mirada fue asentándose. El corazón recobró el ritmo normal de su latir. Y Grisseld, recuperada, pasó una de sus manecitas por la frente empapada de sudor.

Cuando asomó por la puerta su aya, la niña ya estaba en pie, serena, plácida.

–¿Has sido tú quien ha hecho esos ruidos, Griseld?

Mansa su expresión, la pequeña negó con la cabeza, como si el reciente ataque se le hubiera borrado misteriosamente de la memoria.

–Pero estás muy pálida. Pobrecilla. ¿Te encuentras mal, Griseld querida?
La niña volvió a negar, sacudiendo la frente.
–¿Sientes fiebre?
–No.
Tranquilizada, el buen aya salió a proseguir sus quehaceres domésticos.
Griseld recogió de la alfombra la muñeca que había dejado caer cuando sufrió el ataque. Se dirigió al balcón. Salió y vio desde allí, con su barbilla apoyada en la balaustrada, una perspectiva agradable, estética. Bonitas casas de fachada de madera pintada en colores vivos, con miradores bajo los techos de pizarra en ángulo agudo. La Calle Mayor de Graufels del Unstrut. Por el empedrado caminaban de vuelta al hogar sus padres con pasos calmosos, saludando a cada paso a sus conocidos. El padre balanceaba satisfecho el bastón. La niña sonrió con dulzura. Vio a un cuervo revolotear entre las chimeneas y las lajas de pizarra de las casas de enfrente.
–Así que desde ahora me llamaré Griseld –dijo con su vocecilla, para sí, con invisible malignidad, Yrianna.